



## ENTREVISTA A UMBERTO ECO

José Ovejero

Cuando me proponen entrevistar a Umberto Eco, respondo inmediata y espontáneamente que sí, aunque también me doy cuenta enseñada de que será una entrevista un poco frustrante: Eco ha escrito sobre tantos temas que me interesan, que sin duda voy a tener que dejar de lado muchos de ellos. Lo primero que recuerdo haber leído escrito por él fue un artículo sobre el terrorismo de las Brigadas Rojas tras el asesinato de Aldo Moro, del que se me quedó grabada una idea: las Brigadas Rojas querían atentar contra el corazón del Estado, sin darse cuenta de que el Estado no tiene corazón. Y desde entonces cayeron en mis manos la *Obra abierta*, *La estructura ausente* —de la que confieso no haber entendido buena parte—, el fascinante ensayo *En busca de la lengua perfecta*, numerosos artículos, varias novelas... Así que me gustaría hablar con el de literatura, de política internacional e italiana, de lecturas comunes..., de demasiadas cosas. Aun así, estoy seguro de que me gustará entrevistarle.

De lo que no estoy muy seguro, cuando nos encontramos en el restaurante del Parlamento Europeo en Bruselas, es de que a él le apetezca mucho ser entrevistado. Durante el almuerzo previo al fallo del Premio Europeo Carlos V, que es lo que le ha llevado a Bruselas, me va quedando claro que está cansado de la popularidad: me cuenta que no irá a la Feria del Libro de Turín porque no puede pasear tranquilamente sin que le asalten para entrevistarle; un camarero se dirige a él para expresarle su entusiasmo por la película que se hizo de *El nombre de la rosa*; aunque Eco se defiende diciendo que la película no es suya, nada puede frenar los elogios del camarero; después, cuando nos vamos hacer la entrevista a un lugar más tranquilo, me pregunta con cierta desesperación si luego podrá quedarse allí sentado al acabar la entrevista, leyendo tranquilamente —un ensayo sobre su obra, o sea que ciertas satisfacciones sí da la fama—, pero en cuanto yo termine con él, ya

estará acechándole una cámara, y aún no habrán acabado de filmar cuando se le acerque la siguiente persona deseosa hablar con él...

Antes de empezar, le aviso de que la entrevista versará, como me han pedido, sobre temas relacionados con Europa, y él, jugando con su eterno purito apagado entre los dedos, indica «avanti» con un gesto que no podría decir de entusiasmo, pero, afortunadamente, tampoco de aburrimiento.

— Sr. Eco, hoy se escuchan numerosas declaraciones sobre la cultura europea y sobre la necesidad de conservarla o defenderla, pero ¿cree usted que hay una cultura europea, distinta de la cultura globalizada?

UE: Cuando me hacen esta pregunta, la respuesta que doy siempre es que mientras estoy en Europa no me doy cuenta de ello y quizá tampoco crea en esa cultura europea, y cuando voy a París, pues a lo mejor me enfado porque los franceses son distintos o cuando voy a Madrid me enfado porque los españoles son distintos, pero si voy a Nueva York o a Texas, hacia media noche me es mucho más fácil hablar con un sueco que con un americano y también es más fácil hablar con un francés o con un español. Es decir, cuando uno se encuentra con otro en otro lado, en un mundo distinto, de pronto se entienden todas las cosas que nos unen: se entiende cómo a pesar de la diferencia de lenguas hay un trasfondo de intereses, ideas, valores y de cultura común. Por ejemplo la relación con la historia: si hablo con un americano o con un australiano no hay esa relación con la historia; si hablo con un filósofo americano no puedo mencionar a Leibnitz o a Kant porque no le interesan. En todo caso dice «es un tema para la historia, la filosofía es otro asunto, y a mí sólo me interesan los problemas filosóficos»; pero si hablo con un europeo, nos damos cuenta de que hay una continuidad entre hoy y el pasado, una continuidad con lo que se dijo en siglos

anteriores. Eso es muy europeo. No sé si es japonés o chino también, porque no tengo la suficiente experiencia en ese ámbito pero desde luego hay ahí una cultura común aunque uno hable finés y el otro hable italiano.

— Pero entonces, si hay una cultura común, deberíamos pensar que hay también una literatura común ¿o no? No sé qué piensa usted, pero yo no acabo de ver esa literatura europea hoy: una literatura occidental sí, pero europea no.

UE: No, puede que no porque hay lenguas muy diversas. Usted ha tomado el ejemplo de la literatura en el que las diferencias lingüísticas son muy importantes. En el ejemplo que yo daba de la filosofía, las diferencias lingüísticas cuentan menos. Es decir, nadie dirá que Leibnitz y Kant eran filósofos alemanes. Bueno sí, claro que lo eran. Pero son también materia de reflexión para un italiano o un español. Mientras que sin duda Cervantes es más español y Racine es más francés. Dicho esto ¿hay una literatura europea? Yo diría que hasta cierto punto, hasta un cierto momento sí. Si pensamos por ejemplo hasta el siglo XIX, Thomas Mann no podría haber nacido en América.

— En realidad yo me refería a la literatura de hoy, a la literatura actual.

UE: ¿La literatura actual? Pues no lo sé, y ni siquiera sé si hay una literatura nacional.

— Se me ha adelantado; esa era mi siguiente pregunta: si se puede hablar hoy de literatura nacional.

UE: Yo, por ejemplo, no me considero un novelista italiano en lo que se refiere a la tradición, atención a los valores, la trama... En todo eso creo que me siento bastante cosmopolita; europeo quizá, no necesariamente italiano. Estas diferencias se sienten cada vez menos por razones obvias: la globalización también tiene un peso en la literatura. Es posible que haya tenido más influencias de Manzoni que de Stendhal —cada uno tiene una historia literaria propia—, pero puedes ser alemán y tener un pasado que bebe de García Lorca y un español que bebe de Rilke. Es decir, esas diferencias, las diferencias lingüísticas cuentan bastante, pero de todas maneras hay una herencia muy común.

— Lo que yo no encuentro, señor Eco, es una literatura ideológicamente europea. Es decir, existió una literatura nacionalista que se consideraba la base de un tipo de nación; por otro lado, durante la II Guerra Mundial o antes durante la época modernista había corrientes literarias que defendían Europa o para las que Europa era una idea importante en su literatura; sin embargo, hoy yo creo que no podemos encontrar algo parecido. Quiero decir, la literatura no ofrece una base ideológica o emocional a la nación hoy, tampoco a la «nación europea».

UE: Mire, quien hace poesía o narrativa vuelve siempre a sus propias raíces. Y esas raíces sólo pueden ser locales, provinciales si quiere. El pueblo, el propio pueblo, la propia región, allí donde se ha vivido la infancia. Uno no vive la infancia en Europa. Nadie, casi nadie ha tenido una infancia en Europa. Se puede tener una infancia en Extremadura o en Calabria; en este sentido sí puede haber una literatura americana, porque no hay tantas diferencias entre quien ha vivido la infancia en Massachussets y quien la ha vivido en Seattle. Pero entre haberla vivido en el sur o en el norte de Europa sí hay grandes diferencias. Y quizá por eso no se puede decir que hay una literatura europea: porque no hay una infancia europea; lo que no significa que no la vaya a haber algún día. Yo siempre digo que la importancia del Erasmus es una importancia sexual. Es decir, cuantas más becas Erasmus se conceden, cuanta más gente parte con esas becas, más gente habrá que se case con extranjeros. Así que dentro de treinta años buena parte de las infancias europeas serán infancias bilingües. Sin querer ser demasiado «proustiano», la literatura está ligada al recuerdo de un lugar.

— Sí. Pero me estaba refiriendo a una literatura de intencionalidad política europeísta. Hablaba antes de escritores y poetas que durante la II Guerra Mundial cantaban a Europa y también durante la Guerra Civil española —«España es Europa», escribía uno—, quizá como una reacción frente al nacionalismo.

UE: Bueno sí, quizá ya no se cante a Europa porque ya existe y uno canta a los amores imposibles ¿verdad?

— También es cierto que hoy no hay mucha literatura política.

UE: Sí, quizá, pero cuando habla uno de literatura política o nacionalista hay siempre de por medio un conflicto. Puede haber una literatura nacionalista francesa contra algo. Pero Europa es una unidad que no está contra nadie. No puede definirse a Europa por contraposición a Estados Unidos, no. Hay una convivencia, un diálogo. Claro, podría haber una catástrofe que enfrentara Europa con el mundo musulmán y hubiese nuevas guerras santas o qué sé yo qué. Pero yo creo que nadie lo quiere. Europa es la primera que critica a los que hacen chistes sobre Mahoma. Por eso no puede haber una literatura de batalla; quizá sea un defecto, o un impedimento. Pudiera ser que la identidad profunda se manifieste únicamente durante la guerra. Yo creo que lentamente podría nacer una temática de la identidad pacífica, de una identidad de la Europa mestiza.

— Que es lo que usted hace con su literatura. Su ficción no es literatura comprometida, mientras que en sus artículos sí...

UE: (Con cierta irritación). ¿Qué significa que no es literatura política?

En *El nombre de la Rosa* hay una serie de referencias a las rebeliones de los pobres en la Edad Media, que permiten entrever lo que es el terrorismo, y luego también en *El péndulo de Foucault* hay una especie de biografía del fascismo eterno. Y en *La Reina Loana* también hay toda una serie de referencias al pasado fascista. Y a las guerras partisanas en diferentes partes, o sea que no entiendo muy bien qué significa que no sea un escritor político. No es lo mismo, claro, que Malraux cuando escribe *La Esperanza*: es distinto.

— Eso es, yo quería decir que no escribe directamente sobre el presente, sobre los problemas políticos del presente. Más bien habla del pasado para hacer una reflexión política general, más bien moral. Y lo que sí hay en sus libros es una búsqueda de un pasado común.

UE: Sí, sí. Yo diría que sí. Y no es casual que en *El nombre de la Rosa* haya monjes de todos los países. Y en *El Péndulo de Foucault* aparecen París, el campo italiano, Milán, Brasil, etc.

— Con *Baudolino* también se recorre parte de Europa.

UE: Sí, *Baudolino* atraviesa tres o cuatro países. O sea que sí: a menudo pienso en términos de identidad europea sin darme cuenta de ello, sin quererlo. Por ejemplo, me parece de lo más natural que mis personajes en *El nombre de la Rosa*, el chico sea alemán, el adulto inglés, y los dos se encuentran en Italia. Y quizá por eso comencé a escribir sobre la Edad Media. Porque entonces esa mezcla era totalmente natural. Había clérigos vagantes, gente que viajaba por toda Europa, que no tenía patria, o que las tenía todas. Iban a estudiar a Bolonia, y luego a París o a Salerno.

— ¿Un poco casi como hoy?

UE: Menos, menos que hoy. Menos porcentualmente, claro.

— Ha escrito usted que sin Dante no habría existido la unidad lingüística en Italia y sin esta unidad lingüística, Italia nunca habría conseguido la unidad política. Pero en Europa no tenemos esta posibilidad de tener una lengua única.

UE: No, no. Está claro. Es precisamente uno de los problemas de Europa. Porque no se puede pensar en una Unión Europea como se piensa en la creación de los Estados Unidos. Hay diferencias lingüísticas que están ahí, van a seguir ahí y van a ser algo fundamental, que no se van a poder eliminar así como así. O sea, que habrá que llegar a un polilingüismo difuso que de hecho ya se da entre intelectuales. Por ejemplo, en la mesa uno habla inglés, otro español y otro italiano y todos se entienden. Yo había escrito este libro sobre la búsqueda de la lengua perfecta que, bueno, nunca funcionó y terminaba diciendo que el único destino posible es el polilingüismo.

— Polilingüismo, pero con una lengua dominante.

UE: Sí, es verdad, pero ya veremos cuál será esa lengua dominante. Lo mismo acaba siendo el chino. En el mundo se viaja cada vez más, cada vez hay más intercambios... mire, piense en la Edad Media: allí se consiguió encontrar una lengua franca para la cultura y por debajo coexistían las lenguas nacionales. Un provenzal entendía muy bien la lengua *d'oeil*, y al revés, a él le entendían en Italia. O sea que puede haber muchas posibilidades de comprensión. Pero ¿cuál va a ser esa lengua vehicular? Ni idea. Puede que el inglés, sí. Pero las lenguas se imponen solas, no se pueden imponer desde fuera. ¿Qué sabemos lo que puede suceder dentro de treinta años? Lo mismo el suahili es la lengua vehicular y hoy ni se nos ocurriría.

— Cambiando de tema, aunque no del todo porque también está relacionado con el tema de las lenguas, pero no sólo con las lenguas, querría hablar un momento de la globalización, y de Europa y su relación con la globalización. En un comentario que leí suyo sobre el *Manifiesto Comunista* escribía Vd. que, al principio, las fuerzas alternativas a la globalización están divididas y confusas y tienden al ludismo. ¿Piensa usted que los antiglobalizadores son luditas y quizá también apocalípticos?

UE: Sí, lo son. Son luditas porque se enfrentan a la globalización como si fuese un problema único y además son contradictorios porque lanzan una llamada global a los «no global». Los «no global», únicamente pueden existir porque existe la globalización: así que si los *black blocks* van de Irlanda a pelear en Italia, bueno pues tienen esa facilidad de movimientos. Globalización para mí significa que si yo me olvido de mi medicamento en Milán y voy a París, lo voy a encontrar allí con el mismo nombre. Es globalización que se pueda hacer un trasplante de hígado en Tombuctú pidiendo el hígado a Madrid. Globalización es el sistema aéreo, son muchas cosas, infinitas. Lo que pasa es que a algunas ya nos hemos acostumbrado tanto que ni nos damos cuenta de ellas, y unas son positivas, y otras negativas porque tienden a acabar con las diferencias y con la identidad, la identidad nacional también. Pero es verdad que muchos de los partidarios del «No global» son también qué sé yo... aristócratas franceses que quieren defender el queso de su región. O sea, que hay algunos elementos luditas en este rechazo global a la globalización. Y claro, si no se hace una distinción, si no se utiliza el sentido crítico y no se dice: «esto sí, esto no», todo lo que parece «global» se convierte en algo negativo.

— También en los partidos políticos, conservadores y de izquierda, a menudo, parece haber coincidencia en que Europa tiene que hacer frente a la globalización; sin embargo, para mucha gente, Europa es la globalización.

UE: Sí, pero en ciertas cosas no es suficiente la globalización. Por ejemplo: conocí a una persona en



Italia, un agricultor que tenía plantaciones de manzanas y para cumplir con las decisiones europeas tiene que destruir todos los años quintales y quintales de manzanas. Por supuesto estas manzanas podrían enviarse a África, podrían salvar la vida de miles de personas. Pero me dice: «no, me cuesta demasiado. Es demasiado caro recolectar las manzanas, meterlas en las cajas, enviarlas... no, me cuesta menos tirarlas y hacer una transferencia a una organización africana». Bueno pues ahí hay una carencia, una ausencia de globalización, porque si se pudiesen enviar todas esas manzanas que se destruyen, aunando esfuerzos, se podría a lo mejor salvar a gente. Es decir, que no hay suficiente globalización en algunos aspectos. Estamos tirando un montón de comida que se podría utilizar pero no hay organizaciones globales que se ocupen de la distribución y, bueno, esto es sólo un ejemplo. Es decir, que hay que valorar los distintos aspectos de la globalización.

— Sí, lo que es interesante es que Marx decía que era la supremacía del proletariado la que acabaría con las naciones y con las fronteras, pero quien lo está consiguiendo es la supremacía del capital.

UE: Sí, eso es verdad.

— Hace un momento estábamos hablando de apocalípticos antiglobalizadores, pero quizá hoy los nuevos apocalípticos son aquellos que quieren preservar una cultura elitista, la pureza de la cultura europea frente a valores de otras procedencias, otros países, otras culturas. Por ejemplo, piensan en la cultura propia a partir de un enfrentamiento con otras: contra Estados Unidos o contra los musulmanes.

UE: Sí, claro, pero las culturas viven y se desarrollan en el mestizaje.

— Sin embargo, me da la impresión de que hay bastante miedo a las culturas que no son como la nuestra.

UE: Yo creo que una cultura que se queda sola e indefensa es una cultura que muere. La civilización latina es una civilización mestiza en la que participaban una serie de regiones muy diversas; además, en la propia Italia había regiones con distintas lenguas. Y luego entraron los griegos y los galos y los españoles. Y en la Edad Media había un gran mestizaje cultural, también un mestizaje con la cultura árabe, por cierto. Y el Renacimiento fue una cultura mestiza que buscaba inspiración en Egipto y en Grecia. Así es como crecen las culturas, con ese mestizaje, y la vitalidad de la cultura americana se debe a que se trata de una cultura mestiza. Y querer evitarlo, enrocarse, cerrarse en la propia identidad, es morir.

— A pesar de todo se oyen voces, por ejemplo pienso en Fallaci o en Alemania el debate sobre la *Leitkultur*, la cultura dominante...

UE: (Se ríe socarronamente). Sí bueno, claro. Pero es que en el mundo no sólo hay gente buena, hay también gente mala.

— Entonces, para usted sería perfectamente compatible el Islam y Europa.

UE: Bueno, habría que ver qué Islam y qué Europa. El Islam de los fundamentalistas kamikaze ¿sería compatible con nuestra Europa? No, como es lógico; además es un error decir «el Islam», lo mismo que es un error decir el cristianismo en general. Claro que es posible que se vea ahora una incompatibilidad, porque el Islam resulta visible por sus «picos» fundamentalistas; y, de la misma manera, tenemos el gobierno de Bush, que es un fundamentalista cristiano; y precisamente los fundamentalismos nos ocultan esa compatibilidad. En el mundo occidental ahora mismo parece que sólo existen estos extremos pero no es verdad; hay laicos europeos que nacen de la cultura cristiana y no son creyentes y son muchísimos; y también hay muchos laicos musulmanes, aunque lo digan en voz mucho más baja, pero se encuentran en la misma situación.

— O sea, para usted no tiene sentido Europa como un «club cristiano».

UE: No. Europa, como digo, tiene ese destino del mestizaje. Nos encontramos además frente a una de las migraciones más grandes de todas las épocas. Después de las migraciones germanas hacia el mundo latino no ha habido otra migración de la envergadura de la que hay hoy desde Asia y desde África hacia Occidente. Se trata de grandes movimientos de pueblos, de masas enormes de gente, y las migraciones llevan consigo el mestizaje. Yo no creo que la Europa del mañana ponga una mezquita en Nôtre-Dame pero habrá una convivencia... bueno, esto lo escribí hace veinte años. Antes de llegar a un equilibrio hay paréntesis sangrientos: del fundamentalismo musulmán a los incendios en los suburbios franceses... no es que sea gratis la evolución, no; cuesta. Conocerá la famosa maldición china: «te deseo que vivas tiempos interesantes».

— ¿Y cree usted, como Habermas, que es necesario un patriotismo constitucional? Es decir, que puede haber culturas diversas, opiniones diversas, pero con unos valores comunes centrados en la Constitución.

UE: Sí. Me habla usted del llamamiento de Habermas con Derrida y luego las publicaciones que hubo en los periódicos poco después. Sí, yo creo que por ahí van las cosas.

— Ahora, a mí lo que me parece interesante es que estamos hablando de identidad como algo necesario para la construcción europea y, sin embargo, cuando más fuerza ha tenido la construcción europea no había esa identidad; lo que había era un proyecto común. Me refiero a

los años posteriores a la II Guerra Mundial; a mediados de los años cincuenta no había ninguna identidad franco-alemana y sin embargo había un proyecto y una voluntad que dieron lugar a las Comunidades Europeas.

UE: Sí, había una suma de voluntades, también de idealistas utópicos: Schuman, De Gasperi, Adenauer... Aunque fíjese en cuánta resistencia ha habido a la Constitución Europea y alguien me dijo que muchos de los jóvenes que se manifestaban en París eran también votantes de Le Pen, que no es precisamente un hombre del sesenta y ocho y son gente que está dispuesta a votar contra Europa; las cosas no son sencillas.

Estamos hablando de un tema que tiene cincuenta años de vida, y nos quejamos de que las cosas van despacio, pero en otros periodos las cosas llevaron quinientos años. Bueno, ahora yo creo que no habrá que esperar tanto. Una vez estuve en una reunión de alcaldes de toda Europa en Florencia, y dije lo bien que estaría que hubiese un Erasmus para los trabajadores, no sólo para los estudiantes; que un trabajador francés pudiese ir a Alemania a pasar allí una temporada. Y se levantó un alcalde Galés y me dijo: «mire, yo en vez de ir a Alemania preferiría ir a Sudáfrica». Porque es verdad que todavía hay barreras lingüísticas enormes y que tenemos un camino muy largo por recorrer.

— Sí, lo que sucede es que el proyecto ahora mismo no recaba mucho entusiasmo de los ciudadanos.

UE: Ya, pero a nosotros los Estados Unidos nos parecen muy homogéneos y sin embargo cien años después de su nacimiento tuvieron una guerra civil, o sea que también allí hay tensiones y las ha habido y en todas partes hay fases de transición.

— Y usted se siente piamontés, italiano, europeo, ¿cómo se definiría sentimentalmente?

UE: Bueno, no sólo Piamontés, sino nacido en Alessandria y pasé la infancia en una calle concreta...

— No, lo que quiero decir es si tiene usted un vínculo sentimental con un lugar concreto, Piamonte por ejemplo.

UE: Sí, y además es que no se me ocurre cómo podría ser diferente. Yo no podría contar una historia que tuviera lugar en el Véneto ni podría contar una historia de amores homosexuales porque no sé cómo funciona.

— Sí, le preguntaba por saber si cree que puede haber un vínculo sentimental con Europa y tener raíces europeas, aunque a mí me parece difícil.

UE: No, no. Repito. No es lo mismo. Los vínculos sentimentales se ponen a prueba en las tragedias. Si

hubiera una invasión de marcianos a lo mejor habría una identidad profunda entre todos los seres humanos que habitan la tierra. Las guerras siempre han servido para establecer identidades fuertes. Y no digo que sea bueno. Quizá, lo interesante sería que hubiese una identidad blanda, no una identidad dura.

— Para terminar, una pregunta sobre su último libro de artículos. ¿Qué quería usted con este libro?

UE: Yo creo que no se puede decir qué quería con el libro sino qué he querido durante estos seis años escribiendo artículos. El título es *Guerras calientes y populismo mediático* con subtítulo *A paso de cangrejo*, porque me da la impresión de que hemos pasado de la guerra fría, la hemos superado, y ahora estamos volviendo a la guerra caliente.

He escrito una serie de artículos que hablan de las dificultades o de la guerra y también hablo de las dificultades y las posibilidades de la paz. Hay una parte relacionada con Irak I, Irak II, y luego hay una parte muy importante que tiene que ver con el populismo Berlusconi y lo analizo día a día. Y luego temas de actualidad; crónicas de estos seis años, qué sé yo, temas de la clonación, disputas religiosas, etc., y lo publiqué porque me parecía que era lo correcto justo ahora antes de las elecciones, dar una especie de testimonio moral y si no, probablemente no lo habría publicado. Y bueno, al leer todos estos artículos que he ido publicando, no me había dado cuenta, pero ahora sí veo que hay una cierta unidad en todos ellos. También por decirle a alguno de esos imbéciles de izquierda, que quiere estar a la izquierda de la izquierda, y que me acusa de que sobre estas cosas nunca he adoptado una postura, y no es verdad: hace seis años que vengo adoptándola, eres tú quien no lee los periódicos. Bueno, estos son los motivos por los que los he publicado. Pensé que a lo mejor en el extranjero no interesaría tanto y me dije: bueno, pues se venderán diez mil. Pues no. En dos meses se han vendido ya cien mil y se está traduciendo a varias lenguas.

— Bueno, es que Berlusconi también es un objeto de estudio y de análisis en el extranjero.

UE: (Ríe). Sí, eso es verdad. También es interesante el ejemplo para los demás. Pero si vence del centro izquierda este libro ya no servirá para nada y podrá olvidarse.

Desde que entrevisté a Umberto Eco, en efecto, el centro izquierda ha ganado las elecciones en Italia. Pero su libro, como sin duda sabe el propio Eco, no ha perdido un ápice de interés. Las miradas inteligentes sobre la actualidad siguen siendo instructivas años después, a veces incluso se vuelven más reveladoras con el paso del tiempo.